

EL MALTHUSIANISMO Y LA UNCTAD

EL documento que se empieza a conocer con el nombre de «testamento político de Mansholt» (una carta dirigida a Malfatti por el autor del plan de la Europa Verde, ahora presidente de la Comisión de las comunidades europeas) se inscribe en una considerable masa de textos a partir del «Informe Brooks» (TRIUNFO, número 494), del texto del Instituto Tecnológico de Massachusetts y del Club de Roma: es una denuncia del fenómeno de crecimiento y superdesarrollo como peligro inminente: «La sociedad de mañana —dice Mansholt— no podrá basarse sobre el crecimiento, al menos en el aspecto material», a menos de destruir su objetivo esencial que es el de «salvaguardar el equilibrio ecológico y reservar a las generaciones futuras suficientes fuentes de energía». La carta es del mes de febrero, ha ido poco a poco trascendiendo y finalmente se ha popularizado como consecuencia de un duro ataque del partido comunista francés (en «L'Humanité») que continúa así una tradición fundacional: ya Marx se opuso violentamente a Malthus («ese delincuente común», le llamó) por la misma razón. El movimiento actual es, en efecto, un malthusianismo electrónico: los ordenadores llegan a la misma conclusión que llegó el curita decimonónico, que es la de que mientras la producción crece de una manera aritmética (en la relación uno, dos, tres, cuatro, cinco...), la población y el consumo crecen en proporciones geométricas (relación uno, dos, cuatro, ocho, dieciséis...), de forma que la catástrofe se producirá. Una vez más los malthusianos se encuentran, como hace un siglo, con la oposición de los grandes grupos de capital, por una parte, y de los grupos proletarios, por otra. Lo que alegan los comunistas ahora es que toda contención del desarrollo —más bien, del crecimiento, aunque sea difícil establecer fronteras entre los dos términos— tenderá no solamente a inmovilizar la situación actual de injusticia en el reparto de la riqueza, sino que la aumentará, creará más graves diferencias entre clases menesterosas y clases acomodadas. Por lo que se refiere concretamente a Europa, tema de Mansholt, los comunistas indican que esta nueva tendencia descubre, sobre todo, la intención del Mercado Común y de la construcción continental de hacer una Europa de los negocios y no una Europa de los trabajadores. Por otra parte, defienden la natalidad libre, en lo que curiosamente coinciden con Pompidou que, en su viaje de fin de semana a Lorena, hablaba de la necesidad de aumentar la población de Francia, aunque esta coincidencia proceda de muy distintas razones que son, una vez más, las mismas que en la época de Malthus: Marx creía que el número creciente de la población produciría unas presiones que acelerarían la revolución mundial, y los grupos de capital deseaban el crecimiento de las poblaciones porque significaría un aumento en la mano de obra que sería más barata. Es muy inquietante que en una centuria sólo se hayan añadido neologismos —polución, ecología, prospectiva, ordenadores— y no se haya avanzado gran cosa en la solución.

ESTE gran debate aparece ahora, en un nivel muy alto de política y economía, en la reunión de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) que se está celebrando en Santiago de Chile. Es la tercera: las dos anteriores pueden considerarse como fracasos, y no hay razón ninguna para que ésta tenga mejor fin. La exposición de datos es interesante, pero no puede decirse que aporte nada desconocido. En los últimos cuatro años, se ha dicho en ella, la renta por cabeza en los países desarrollados ha aumentado en 750 dólares, mientras la de los países pobres sólo ha aumentado en 25 dólares (tomamos como base los veinte primeros y los veinte últimos de la lista), de manera que las diferencias entre unos y otros, en lugar de paliarse, van continuamente en aumento. En prospectiva, podemos saber ya que si todo continúa como hasta ahora —y aun teniendo en cuenta

algunas variaciones previsibles— en el año 2000 habrá 1.500 millones de personas en el mundo desarrollado (Europa, Japón, Estados Unidos, Unión Soviética) con una capacidad de consumo de 5.000 a 10.000 dólares por cabeza y año, y 4.500 millones en el mundo subdesarrollado con un consumo de 300 dólares, si aceptamos los datos que da Maurice Gurnier (autor del libro «La Dernière chance du tiers-monde»). Probablemente la riqueza de los ricos, su despilfarro, no les habrá servido de gran cosa en ese momento: no sólo por las condiciones de vida ahogada por acumulación de bienes en sus sociedades, como se está advirtiendo ya muy claramente en las grandes ciudades, sino porque las revueltas, revoluciones, agresiones o invasiones de los pobres no se lo permitirán. Un niño que nazca hoy tendrá veintiocho años cuando se produzca ese mundo: está ya encima. Las esperanzas del principio de los años sesenta —las descolonizaciones— se han agotado ya al empezar los setenta. La ayuda de los ricos a los pobres se ha producido en un sentido inverso —se han llevado más de lo que han aportado, y puede hablarse hoy de que, en realidad, los países pobres están ayudando a los ricos a su desarrollo. De 1950 a 1965 los Estados Unidos dedicaron 9.000 millones de dólares a los países pobres y subdesarrollados, y recogieron de ellos 25.600 millones, proporcionando un beneficio de 16.600 millones (datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos recogidos por Gunder Frank, «Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología», Editorial Anagrama, Barcelona).

LA nueva forma en que algunos teóricos del tercer mundo quieren plantear el problema en Chile —aun al margen de los grandes discursos en las sesiones generales— es la de no considerar exactamente una división entre mundo desarrollado y mundo subdesarrollado, como si este último estuviera predeterminado a la pobreza por algunas condiciones geográficas, históricas o raciales que le hicieran estar condenado definitivamente: hay un solo mundo, y en este mundo hay ricos y pobres; la pobreza de unos está causada por la riqueza de los otros, y la llamada ayuda que los ricos prestan a los pobres es solamente un alimento de subsistencia para poder seguirles explotando. El desarrollo, decía Celso Furtado, es productor directo del subdesarrollo «como consecuencia del impacto, en un gran número de sociedades, de procesos técnicos y de formas de división del trabajo irradiados por un número reducido de sociedades ya insertadas en la revolución industrial en la fase inicial de éste, es decir, hacia fines del siglo pasado» («La hegemonía de los USA y América Latina», Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid).

DENTRO de la UNCTAD, el llamado grupo de los 77, que agrupa en realidad a 86 miembros —por adhesiones posteriores a su fundación— representa a los países pobres; hay en él una fuerte tendencia —que se está discutiendo en reuniones propias en Chile— a manifestar realmente esta condición de homogeneidad del mundo creando, precisamente, la separación, o sea, por la vía inversa. Renunciarían así a toda ayuda exterior, viniera de donde viniese; no aceptarían más inversiones extranjeras, controlarían sus propias fuentes de producción y no aceptarían la concurrencia entre sí en los mercados exteriores, crearían sus propios mercados comunes y reducirían o suprimirían sus barreras aduaneras mutuas, harían sus propias empresas multinacionales sin permitir la entrada en ella de los países ricos. Este aislamiento, esta conversión del tercer mundo en compartimiento estanco, vendría a probar que no hay una riqueza real propia de los países desarrollados, de su genio y de su ámbito, sino que está apoyada estrictamente en los pobres, y que éstos son pobres por esa sola razón. El

e. haro tecglen

mundo rico tendría que contemporizar y estudiar nuevas formas de homogeneidad en el reparto, o bien tendría que utilizar la fuerza para recuperar las fuentes de su riqueza. No hay ninguna seguridad de que no lo hicieran así, como lo hicieron en las épocas de colonización y de imperialismo directo que, en realidad, no han cesado: las guerras locales de Oriente Medio o de Vietnam son evidentemente guerras comerciales.

LA idea de que los pobres pudieran bastarse a sí mismos y no sólo eso, sino mejorar de condición en cuanto dejaran de depender de los ricos, invirtiendo así la noción comúnmente aceptada hasta ahora de que sólo la ayuda de éstos puede sacar a los otros de su miseria, procede de una observación de Gunder Frank, para quien los mejores períodos de desarrollo propio de los países hispanoamericanos —especialmente— se han producido precisamente durante las grandes crisis de los países ricos inversionistas, tales como las dos guerras mundiales o la depresión económica de entre esas dos guerras. «Gracias al consiguiente debilitamiento de los lazos comerciales y de la inversión durante esos períodos, los satélites iniciaron un crecimiento marcado de industrialización autónoma» (Op. cit.).

LA oposición hacia estas ideas es, naturalmente, muy importante. Por una parte, la mayoría de los poderes establecidos y representados en la conferencia de Chile —que es una conferencia de Gobiernos— están inscritos ya en la órbita de la dependencia y lo que

pretenden es una reforma de los sistemas actuales en el sentido de obtener más ayuda y financiada de una mejor manera, unas inversiones extranjeras decentes, una regularización de los mercados de materias primas, la aceptación de los controles de natalidad para disminuir la amenaza demográfica, una industrialización y, en suma, el establecimiento de sociedades capitalistas de modelo europeo en sus países, incluso con la última medida de la ayuda en armas y soldados para reprimir las revoluciones. Por otra parte, los revolucionaristas consideran que todo este vasto plan es posterior, pero que aplicado ahora no sería más que un instrumento de retraso y confusión: urgen el asalto al poder como primera medida. Al mismo tiempo, se señala una cierta tendencia de escisión dentro del grupo. Ciertos países que se consideran a sí mismos en vías de desarrollo, cuyos niveles han aumentado con mayor velocidad, tienden a separarse de una especie de «lumpenproletariat» del tercer mundo, de aquellas naciones que, efectivamente, están en una vía regresiva.

LOS dos extremos de las ideas que se manejan estos días en el mundo ofrecen al mismo tiempo una contradicción y una coincidencia. Por una parte, un sector de la sociedad humana comienza a ahogarse en la opulencia hasta extremos suicidas —destrucción del equilibrio, de la interacción en el planeta, agotamiento de fuentes de energía—, mientras por otra crece el grupo social metido de lleno en la miseria. Ninguno de los dos extremos podría existir sin la condición del otro.

Sesión de apertura de la UNCTAD en Santiago de Chile. De izquierda a derecha, Felipe Herrera, ex presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, el delegado de la India, el ministro de Asuntos Exteriores chileno, Clodomiro Almeyda; el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, y Salvador Allende.

